

Diablotexto **Digital**

JULIO LLAMAZARES: *DISTINTAS FORMAS DE MIRAR EL AGUA*
Madrid: Alfaguara, 2015, 200 pp.

JOSÉ MARTÍNEZ RUBIO
UNIVERSITÀ DI BOLOGNA

“Hay distintas formas de mirar el agua, depende de cada uno y de lo que busque. Siempre me lo dijo él”, dice Agustín en el monólogo que cierra la novela. Alrededor de ese él y alrededor de esa agua se levantarán dieciséis voces en la ficción de la última novela de Julio Llamazares: *Distintas formas de mirar el agua* (Alfaguara, 2015). Dieciséis voces como dieciséis miradas sobre un espacio, el pantano que esconde el pueblo de Ferreras, y sobre el abuelo Domingo, que acaba de morir y cuyas cenizas lleva la familia en cortejo fúnebre para esparcirlas en el lugar donde reposan la antigua casa familiar, el antiguo paisaje, el origen remoto de todos ellos.

Llamazares rescata la historia de aquellos pueblos que fueron expropiados por inmensos planes hidráulicos del franquismo y que un pantano, que debía traer prosperidad y racionalidad al territorio, acabó por cubrir. La muerte del abuelo, aquel que decidió el día, la hora y el lugar para empezar una nueva vida lejos del valle, convoca la memoria de la familia y la relación de cada uno de ellos con el lugar y con el abuelo. Desde el lamento por la pérdida de la vieja Sión (como reza el epígrafe que enmarca la novela) hasta la comprensión de los nietos por el progreso, desde la tristeza por la pérdida del abuelo hasta la promesa de volver a ver aquel paisaje donde descansará eternamente la memoria de todos. A lo largo de los sucesivos monólogos el lector descubrirá, no solo quién y cómo fue aquel abuelo que partió a la diáspora como los judíos



(“me volvió a la memoria cuando leí que algunos judíos españoles, cuando tuvieron que irse al exilio, conservaron durante generaciones las llaves de sus casas en España por si algún día les permitían volver” [28-29]), sino los avatares de toda la familia: el abandono de Ferreras, la honda tristeza del abuelo, la llegada a la laguna, el trabajo de campo durante los primeros años, la dispersión de los hijos por Barcelona, Palencia, Valladolid, Madrid, Nueva York, sus amores y sus separaciones, el nacimiento de los nietos, el noviazgo de uno de los nietos con una italiana... síntomas de otro tiempo y otra historia. El paralelismo trazado entre el hundimiento del pueblo, el hundimiento del cuerpo (y sus cenizas) y el hundimiento de la memoria de aquel pasado trazan una perspectiva hacia el futuro donde ni la memoria ni la identidad ni el paisaje parecen importar en la medida en que importaron a las generaciones precedentes.

Novela lírica, novela celebrada porque celebrado es (y mucho) Julio Llamazares. En esta ocasión, *Distintas formas de mirar el agua* escoge un tema interesante desprovisto de toda mirada histórica o política y, sin embargo, la mirada emocional tampoco resulta emocionante. Personajes planos (cuando no ramplones, porque ramplones somos la mayoría) que cumplen a la perfección la yuxtaposición de dieciséis voces diferentes sobre un mismo hombre y un mismo lugar. Alabanzas a un muerto sin conflicto. Bondadoso, bueno, viejo y sabio. El dolor es puro. La tristeza es pura. Por lo tanto, poco creíble y poco interesante en este sentido. La generación posterior, como todo buen hijo, se lamenta de la pérdida de autenticidad y de no haber cuidado a sus mayores, en prolongación de ese epígrafe bíblico, pero con la mitad de su poesía. Ay. Por este camino, la novela resulta un ejercicio de estilo dedicado a honrar la memoria de una España que ya no existe. Y si no de una España, de un paisaje. O de una vejez. O de un estilo de vida al que resulta inverosímil homenajear. E incluso, por ceñirnos a ámbitos estrictamente literarios, a una veta del realismo poco estimulante, muy condescendiente y excesivamente amable.

El capítulo que pone el broche a las dieciséis rememoraciones (o responsos) sobre el abuelo certifica la extrañeza de la escena por si al lector se le hubiera escapado el tema de la novela. Un automovilista al ver a la comitiva asomándose a uno de los bordes del pantano exclama, o piensa con una



ingenuidad abrumadora: “¿Qué hará toda esa gente ahí?... Cuando pasé hacia arriba no estaba. [...] Han tenido suerte: el pantano está a rebosar y hace un día precioso”.